

**E.
HARO
TEGLEN**

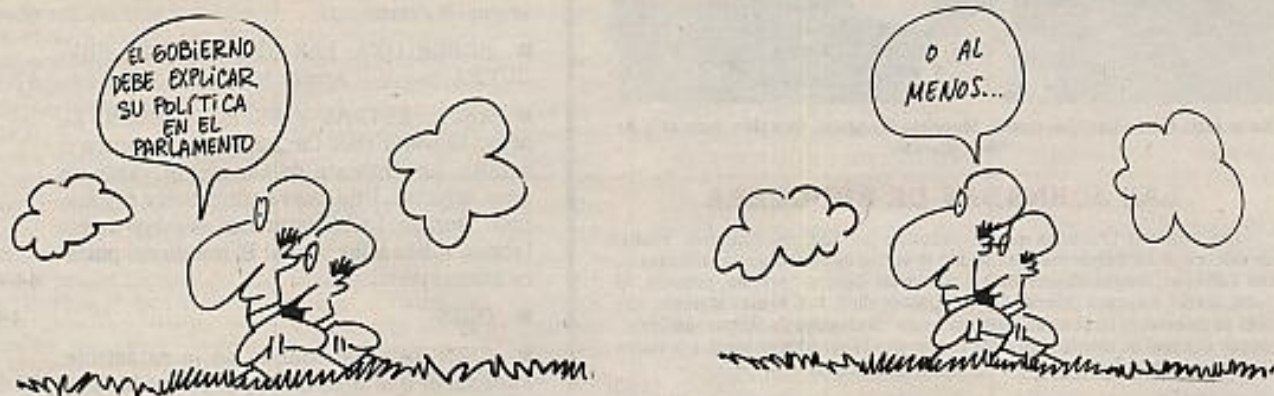
VISPERAS DE DEBATE

E L 13 de mayo debe comenzar el debate político en el Congreso; deberá ser, si no se escamotea su contenido y sus consecuencias, el primer gran debate de política general. Hay puntos de vista muy distintos sobre su significado y sobre su alcance. La oposición de la izquierda piensa en una especie de presentación general del presidente del Gobierno en la que aborde tema por tema los problemas del país y presente con minuciosidad las soluciones o las salidas previstas para cada caso; intervendrían los portavoces de los partidos para discutir y presentar, a su vez, sus propias opciones; una nueva intervención del presidente podría servir para recoger e incorporar a su propio programa aquello que considerase válido, rechazar lo que no aceptase —explicando por qué, en cada caso— y, finalmente, presentar ese programa a votación en solicitud de confianza; podría ocurrir también que uno o varios partidos presentasen una moción de censura. En cualquiera de los dos casos, el Gobierno obtendría la mayoría suficiente, salvo incidentes. Su propio partido, el rescate siempre a punto de Coalición Democrática —con cuyo jefe visible, Fraga Iribarne, ha tenido ya una larga conversación el presidente Suárez— y por lo menos los votos catalanes serían más que suficientes. Pero la oposición considera que, en todo caso, la votación es imprescindible; y es imprescindible una amplia difusión del debate por televisión: sobre todo, en directo. Creen que así el país, que está soportando la larga crisis económica y política, podría contrastar lo que Alfonso Guerra llama la *literatura y filosofía* del Gobierno y UCD con las realidades, datos y propuestas de los partidos de la izquierda.

L O que parece ser el punto de vista gubernamental es muy diferente. En un principio se piensa que Suárez haría una exposición general y amplia, aun dentro de la filosofía y literatura, y que el detalle de cada tema correspondería a cada uno de los ministros, incluso la respuesta a las tomas de posición de los distintos partidos; Suárez realizaría luego un resumen, y la sesión se daría por concluida. Sin ninguna votación, porque piensan que no hay lugar a ella. Y porque sería una pérdida de tiempo, dada la estabilidad del Gobierno. Existe, como queda dicho, esa estabilidad en el Congreso. No está claro que siga existiendo en el país. Los resultados electorales de Cataluña y

País Vasco, el referéndum de Andalucía, demostrarían —según la oposición— que UCD ya no tiene la situación que ganó en las elecciones de hace un año, y les parece impensable que pueda gobernar tres años más en esas circunstancias. Y en las circunstancias del país. Para la oposición, las circunstancias del país no sólo son consecuencia de arrastres anteriores, de circunstancias internacionales, de coyunturas desfavorables: son consecuencia de mal gobierno, de inmovilidad, de indecisión: es decir, de UCD.

P ARECE que aquí es donde aparece la crisis ministerial, el cambio de ministros que recibe el pintoresco nombre de remodelación; algo surgido del propio Gobierno y su partido, algo con que dar la sensación de que las circunstancias desfavorables requieren un cambio, que ese cambio se produce, y que hombres considerados como nuevos —aunque sólo puedan ser sacados de un mismo molde— se enfrentan con las circunstancias. Se deja decir que esa remodelación se produciría justamente antes del 13 de mayo: es decir, que se presentaría un Gobierno renovado a la Cámara y que probablemente algunos de los nuevos ministros tendrían que llevar el peso del debate, con la capacidad de entusiasmo y de ilusión con que aparece siempre un nuevo ministro, antes de que se entere de cómo pasan realmente las cosas. La sensación de novedad se haría, se dice ahora, dando alguna profundidad al cambio, incluso con una parte de la reforma administrativa de la que se habla: reduciendo el número de Ministerios, haciendo más compacto el Gabinete. En realidad, el país tiene un relativo interés por estos sucesos. El país ha ido degradando su participación en los asuntos públicos —el crecimiento del abstencionismo electoral— a medida que se veía la poca permeabilidad gubernamental y se recortaban los progresos en el cambio de sociedad. No es un dato para subestimar. Sobre todo, no se debe confundir con indiferencia: es una falta de fe en el sistema, pero no una forma de renuncia del ciudadano, que buscará otra. Percibe el ciudadano unos hechos reales, que apenas merece la pena enunciar aquí de un modo sumario por demasiado sabidos: la disminución del poder adquisitivo; el paro visible y el invisible en aumento creciente; la separación cada vez mayor de las clases sociales; el peso creciente de la sociedad de carácter represivo y tradicional sobre la necesaria modificación de costumbres y formas de convivencia; la continuación del terroris-



mo; el hábito de rumores de malestar o de golpe de Estado; la reaparición del fascismo callejero; la disminución del peso específico de los partidos políticos, no sólo por culpa de éstos, sino por el cierre continuo de todas sus iniciativas en materia de legislación; la falta de eficacia en las acciones sindicales... Si de una crisis mundial o de herencia es difícil culpar a UCD y su Gobierno, de todos estos hechos sí lo es. Porque significan una tendencia política, y hasta la aplicación de una doctrina política, que parece que está lejos de las promesas electorales que fueron su sustento.

SE hace, por lo tanto, difícil creer que unas sustituciones o unos relevos —en el lenguaje franquista— de unos nombres por otros, perfectamente intercambiables sin que la forma y la superficie del Gobierno varíe realmente, vayan a tener las consecuencias de renovación o reforma que son imprescindibles. Se tiende a creer, y hay mucho de verdad, que todo son pequeños o grandes ajustes de cuentas dentro del partido gubernamental: arreglos con sectores, con familias, con tendencias. La misma forma de cocimiento que se da a esta crisis o remodelación, los secretos del presidente, los cabildeos, las presiones y contrapresiones, aumentan cada vez más la sensación de despegue.

SI algo se sigue con algún interés son las conversaciones que el Jefe del Estado está teniendo con los dirigentes políticos (la semana pasada con Felipe González; el lunes, con Fraga Iribarne; aparte de las entrevistas con el propio Suárez). Se llevan con la discreción propia de todo lo que rodea a la Zarzuela; se dice que no se trata en ningún caso de consultas, sino de reuniones de información —habrá que suponer que en los dos sentidos—; se recuerda el papel de moderador del Jefe del Estado, pero no se sabe bien lo que esta palabra significa: puede suponerse que se trata de un arbitraje que impida que los enfrentamientos políticos lleguen a ser desgarradores, y se supone lógicamente que esa moderación no irá en el sentido de favorecer al partido en el Gobierno sobre los otros partidos. En ningún caso se piensa que sean inútiles, protocolarias o habituales; algo se espera, pero no se sabe qué.

EN cualquier caso, conviene que cuanto antes se salga de esta suspensión. Que el presidente aborde su remodelación, o su crisis ministerial; que el debate sea un verdadero debate. Es decir, una posibilidad de compromiso allá donde lo haya, una posibilidad de votación con todo el carácter de publicidad y esclarecimiento donde no haya tal compromiso, pero a través del cual la nación sepa claramente cuál es la posición de cada uno. Lo que sería funesto para todos, y no muy a la larga para la propia UCD, es que se tratase una vez más de dar largas, que el debate se convirtiera en una cuestión de democracia ornamental, de cumplimiento pascual del Gobierno con el Parlamento. Y que en algún momento se viera clara la labor legislativa en favor de una mejora rápida de unas circunstancias que se van degenerando cada vez más. ■



Los
CoNteM
poRa
nEoS

¿EXISTE ABRIL?

EN los últimos días se ha extendido el interesante rumor de que Abril Martorell no existe. Algo parecido le ocurrió a Dios hace ya algún tiempo. Sus apariciones no significan nada; nadie está seguro de que lo que de cuando en cuando aparece en la televisión sea una realidad: en cuanto al Congreso, nadie está seguro tampoco de que no sea una invención novelesca de Víctor Márquez, una pura fantasía de andaluz literario. Generalmente, se lee en los periódicos que Abril Martorell se niega a recibir a alguien: a una delegación de alcaldes, a una representación de funcionarios, a cualquier grupo de peticionarios de algo que llegan, como pueden, hasta el edificio donde se dice que está. Hay cada vez más datos para la duda.

Según estas últimas hipótesis, Abril Martorell sería una invención de Adolfo Suárez. Es decir, la ciencia ha variado, como suele hacer, radicalmente sus opiniones, que hasta ahora sostenían que Suárez era una invención de Abril. Una invención enormemente útil. Como la del cardenal Richelieu, que descargaba su doble personalidad sobre el padre José, el pequeño capuchino a quien llamaron "su eminencia gris". Cuando todo va mal, responde el personaje inventado. Ved con qué fricción todo el mundo se lanza ahora en campaña contra su eminencia azul —su imagen aparece con un resplandor azulado en la cara, lo que hace pensar también que se trata de algún truco de ilusionismo o de algún efecto especial— en esta crisis que tiene también aspectos místicos, como la de su anunciada resolución para el 13 de mayo ("El trece de mayo, en Cova de Iria/bajó de los cielos la Virgen María"). De no haberse inventado la ficción de Abril, todo iría a parar ahora sobre el presidente Suárez; no sólo no le conviene a él, sino que no le conviene a nadie, y menos a los emisores de la campaña. España siempre ataca sombras, siempre inventa culpables. Sobre todo cuando los que podrían aparecer como verdaderos culpables son demasiado fuertes. Recordemos los tiempos en que los franquistas decían: "Si Franco supiera lo que está pasando..."

Puede ocurrir que Suárez esté decidiendo si, de verdad, debe prescindir ya de la sombra inventada, de su eminencia azul. Pero un buen político sabe que no puede hacer eso si no inventa a tiempo otra sombra. Como hacen los toreros cuando, según la frase consagrada por los cronistas taurinos, "cambian la seda por el percal", creando así la nueva sombra, la nueva sospecha hacia la que habrá de embestir el toro. El toro de la crisis. Puede ocurrir que en estos momentos Suárez —se ha dicho— esté inventando un nuevo personaje al que pone el nombre de Pérez Llorca. Su eminencia plateada. Podría decidir que hiciera su aparición en el mismo día que lo hizo la Virgen de Fátima. La posibilidad de que los dos entes de ficción pudieran convivir y hacer oscilar la crisis ora sobre uno, ora sobre otro, en algún momento sobre los dos, parece también posible. Siempre cuidando, evidentemente, que esta forma de pigmalonear no sobrepase a su fundador; que uno de estos dos personajes inventados, o un tercero, no crezca tanto que llegue a ser el verdadero personaje, y Suárez pasara a ser el fantasma. Pero precisamente toda la técnica de la taumaturgia está montada para evitar que pase esta desgracia. ■

POZUELO